

MEILOS UTOPIA Y MÁS POLÍTICA. SOBRE “LACAN Y LO POLÍTICO”, DE YANNIS STAVRAKAKIS

GIULIANA FERNÁNDEZ
GONZALO DUPRAT
PÁGINAS 236 - 242

Stavrakakis va a desarrollar, en la primera parte del libro “Lacan y lo Político” (2007), la constitución del sujeto lacaniano y sus procesos, así como la relevancia de éstos para el análisis sociopolítico. El sujeto de Lacan emerge de una escisión que lo define alienado por el resto de su pasar. Esta definición tiene su fundamento en el descubrimiento freudiano del inconsciente en tanto la aparición de una instancia que separa al sujeto de su tradición, denominada por Freud como *spaltung* y referida a la división interna de psique. En el enfoque de Lacan esta división se vuelve preponderante y es constitutiva de la subjetividad en general. El autor sugiere la necesidad de distinguir al sujeto del ego: este último es un proceso imaginario, resultado de la fragmentación interna del niño que, durante el estadio del espejo, se unifica en su reflejo. Sin embargo, este proceso encuentra un límite por el cual se genera una distancia entre la imagen externa unificada y el ego interno fragmentado: la imagen es especular y resulta alienante. Es en este sentido que para Lacan la forma total del cuerpo es dada como *Gestalt*, o sea, como una forma que es más constituyente que constituida. La unidad imaginaria en el ego es una relación de poder entre el niño y su imagen en tanto no olvida el carácter externo, coactivo y alienante de su fundamento; y a la vez expresa la dimensión alienada del ego: la idea de una subjetividad autónoma, reconciliada y estable. Esto deja a la representación simbólica, al registro de lo simbólico, como la única opción para adquirir una identidad estable.

Las imágenes con las que es posible generar identificación están estructuradas lingüísticamente. ¿Qué significa esto? “La imagen especular tiene que ser ratificada por el Otro simbólico para poder comenzar a funcionar como base de la identificación imaginaria del niño: toda posición imaginaria sólo es concebible a condición de [...] una guía simbólica” (*Ibid.*:42). En consecuencia, en lugar de transgredir la alienación imaginaria en la adquisición de una identidad sólida en el registro de lo simbólico, el sujeto del significante es develado como el de la falta *par excellence*. La falta se revela como una huella del ineliminable acto de poder en la formación de la subjetividad: una subordinación (un ejercicio de poder) como condición de posibilidad para esa formación. El Nombre-del-Padre, el padre simbólico, es el agente del poder de la ley simbólica. El Otro, el campo de lo simbólico, es el campo de un Amo y un Garante. Para Lacan, una teoría del sentido fundada en un orden de realidad objetiva y accesible es insuficiente, su estrategia ofrece un intento de solución subvirtiéndolo la relación entre significante y significado: en lugar de su unidad, enfatiza su división. El sentido es producido por los significantes hacia el significado, pero sin embargo esta subversión no se logra con la eliminación de la posición estructural del significado, que es un efecto de transferencia y garantiza la validez de nuestro conocimiento sosteniendo la fantasía de una *adaequatio* entre el lenguaje y el mundo. Lo simbólico deja de ser del orden del signo para pasar a ser del orden del significante, creando así el campo de significaciones. El significante es capaz de producir significación debido a que es el signo de una ausencia, no se refiere a ningún objeto significado. La barra que divide significante y significado, en lugar de ser la unidad del signo, es una resistencia de la significación que marca la intersección de lo simbólico con lo real. Lacan resuelve el problema del sentido introduciendo las tres dimensiones involucradas: los registros de lo real, lo imaginario y lo simbólico. El significado pertenece a lo real, pero este no puede ser simbolizado; no obstante, su ausencia, la falta constitutiva del significado en tanto real, sí puede serlo. Esta condición causa la transferencia constante del significado, así es como la dimensión de lo simbólico determina la significación. El fracaso de su propia autorrepresentación simbólica es la condición de posibilidad para la emergencia del sujeto del significante y para la representación en general.

El juego entre la identificación y sus sucesivos fracasos resulta ser un juego profundamente político ya que las ideologías políticas son objetos de identificación constitutivos de la vida socio-política. Consecuentemente, la conclusión a la que arriba Stavrakakis es que la identificación simbólica es el núcleo de la decisión en la vida humana y el significante es el principal locus de poder. La realidad está construida simbólicamente y articulada en el lenguaje, esta articulación presupone la exclusión de algo por medio de un acto de decisión, acto gobernado por el deseo de una identidad imposible/prohibida. En el fundamento de este deseo está la pérdida de un nivel primordial de lo real que convierte a la necesidad en demanda y nos fuerza a identificarnos una y otra vez. Sin embargo, cualquiera identidad que se alcanza es inestable y escindida en tanto toda identificación es alienante e incompleta. Lo que nos pertenece primordialmente nos es negado insoslayablemente y lo que pertenece al otro socio-simbólico es ambivalente y alienante. Hay un juego circular entre la falta y la identificación

A continuación, el autor avanza en la dirección de la sociedad y el análisis político al comentar los conceptos de Lacan acerca del nivel objetivo. Todos los espejismos que capturan la imaginación social y guían la praxis política revelan estar marcados por la falta, que se posiciona en el centro de la dialéctica entre lo subjetivo y lo objetivo, volviéndola una dialéctica de la imposibilidad. Sólo un significativo vacío puede representar la promesa de esta completud imposible y es por esto que el individuo busca una identidad en los objetos colectivos, pero la falta en el nivel objetivo significa que todas esas identificaciones reproducen la falta en el sujeto, siendo incapaces de brindar la completud real perdida que busca el sujeto individual. Ahora lo que une los campos de la objetividad y la subjetividad es la característica de estar marcados por la falta: el sujeto escindido se encuentra con el objeto escindido. La identificación se vuelve pensable sólo como resultado de esa falta en la estructura del Otro social y el status de esa falta es de *Jouissance* (parte de lo real que está limitada por la introducción del “principio del placer”: goce a la vez que satisfacción ilegítima). La falta inscrita en la cadena significativa es una falta de la *Jouissance* del Otro, introduce la idea de completud y no viceversa. Es un acto de poder, de exclusión, lo que retroactivamente produce la completud que atribuimos a lo que fue excluido a la vez que vuelve imposible recapturar esa completud, porque nunca fue parte de nosotros. La falta es introducida en la intersección de lo real con lo simbólico, emerge en y a través de la simbolización de lo real.

Si el fracaso constituye el horizonte de la identificación, ¿qué hace que nos identifiquemos una y otra vez? Esta pregunta tiene una significación política crucial, ya que es el deseo el elemento que mantiene todo en marcha, animado por la búsqueda de una completud imposible en torno a la promesa de hallar la *Jouissance*. El deseo sólo puede mantenerse mediante el desplazamiento continuo de objeto en objeto y este desplazamiento se produce en la fantasía. El sujeto, ante la falta del significativo en el Gran Otro, debe recurrir a otro registro, al cuasi imaginario *objet petit a*, el campo de la fantasía. La fantasía es una construcción que causa el deseo prometiendo recubrir esa falta, aparece como una defensa ante la castración, es un guión que vela la falta en el Otro efectuada por la castración. Brinda una solución a esta incertidumbre de por qué el Otro está tachado, reduce la angustia y crea un semblante de armonía, incluso dependiendo de una figura del Otro horrible y desagradable. El *objet petit a* es una metáfora para el siempre ausente sujeto de la *Jouissance*. La fantasía nos hace creer que es posible constituirse mediante la significación y la identificación, sostiene nuestro sentido de la realidad al proveer consistencia ontológica a partir de su dependencia a determinado marco fantasmático. Crea esa ilusión ofreciéndonos el *objet petit a* como corporización, en su ausencia, de esta completud. “El nivel objetivo se revela así como el nivel de una falta estructural pero también como el nivel en el cual ocurren intentos fantasmáticos, fútiles, de neutralizar esta falta” (*Ibid.*: 89). La simbolización y la fantasía son cruciales en cada uno de estos intentos de producir el objeto imposible “sociedad”.

Lacan describe dos funciones: metonimia y metáfora, son las dos dimensiones implicadas en las articulaciones de significantes; la primera es la de la continuidad y concatenación, la propiedad de combinación; la segunda es la posibilidad de sustitución, aplicable a cada significativo. En referencia a esto introduce la noción de *point de capiton*, su función es la de detener el movimiento de significación sin fin, consecuencia del juego de las dos dimensiones anteriores, por medio de una atribución retroactiva a ciertos significantes. Estos son los *points de capiton*, es el significativo que detiene el deslizamiento de la significación, es el punto alrededor del cual debe ejercerse todo análisis concreto del discurso, fijan el sentido de la cadena de significantes entera. El sentido es producido en la relación entre significantes mediante su establecimiento, pero nunca produce un sentido estable, sino relativo y temporal. No obstante este límite, su sentido es míticamente investido con las propiedades de ser definitivo. Es el encuentro con lo real lo que destruye, lo que disloca a la realidad fantasmática construida simbólicamente y soportada por la fantasía, muestra el atravesamiento de la realidad por la falta. La dislocación y la falta real estimulan el deseo de su propia subversión mediante el intento de fundar una nueva armonía. Lo real, entonces, es lo que excede a la porción domesticada de lo objetivo.

En este sentido podemos decir que una de las preguntas centrales que se hace Stavrakakis es: ¿qué es la realidad política? Si la realidad no agota lo real, tampoco la política agota lo político. La realidad política supone una represión de la constitutividad de lo político, implica un intento imposible de borrar la ontología política de lo social. Precisamente porque la idea misma de sociedad contiene una referencia a su definición política, se

vuelve imposible localizar lo político dentro de la sociedad. Lo político se revela así como la ontología de toda configuración particular de lo social, da sentido a las relaciones sociales tanto como las pone en escena. Es el momento de ruptura e indecibilidad que gobierna la construcción de la objetividad social, lo social es el resultado de esta construcción. La sedimentación de la realidad política requiere un olvido de la fuerza contingente de dislocación de su origen, requiere la reducción simbólica y fantasmática de lo político. Lo político se convierte en una de las formas de encuentro con lo real. El momento traumático de lo político *qua* encuentro con lo real inicia una y otra vez un proceso de simbolización, el juego hegemónico entre distintas simbolizaciones de este real, llevando a la emergencia de la política.

La articulación de un nuevo discurso político sólo tiene sentido sobre la dislocación del orden socio-político precedente. La falta creada por la dislocación causa el deseo de una nueva articulación discursiva, en este sentido lo político está en la raíz de la política. La política y lo político son dos registros que se entretajan. Como toda realidad, la realidad política se construye en el nivel simbólico (con la intervención de mecanismos metonímicos y metafóricos, así como puntos nodales y significantes vacíos) y está soportada por marcos fantasmáticos que le dan su coherencia imaginaria con la promesa de un anclaje en lo real. El discurso ideológico es una articulación (una cadena) de elementos ideológicos alrededor de un punto nodal. Una totalidad estructurada en la que las posiciones diferenciales son momentos del discurso, mientras que las diferencias que aún no están articuladas son los elementos. Los significantes que adquieren un rol político aspiran a hegemonizar el campo ideológico en el que se desenvuelven. El punto nodal puede funcionar sólo como punto de referencia a la sistematicidad del sistema, “es ‘vacío’ de su significación particular con el fin de representar la completud en general y de poder articular un gran número de significantes heterogéneos” (*Ibid.*:123).

El autor va a definir esta época como un momento de fragmentación social, desencanto político y cinismo abierto, caracterizada por la declinación de las mutaciones políticas del universalismo moderno (un universalismo que con la razón como eje busca dominar la esencia y la totalidad de lo real).

En el terreno político, el pesimismo parece haber invadido y reemplazado a la esperanza. En este sentido, Stavrakakis se pregunta cuál es el significado de la presente crisis de la utopía y si esta crisis es un hecho que hay que lamentar o celebrar.

Parece que la necesidad de un sentido utópico surge en períodos de fuerte incertidumbre, inestabilidad social y conflicto, cuando el elemento de lo político subvierte la estabilidad fantasmática de nuestra realidad política (...). La utopía entonces es una de las respuestas posibles a la negatividad siempre presente, al antagonismo real constitutivo de la experiencia humana (Ibid.: 147)

Por lo tanto hay que indagar acerca de la naturaleza problemática de las utopías dado que plantean la posibilidad de un mundo reconciliado y armonioso dejando a un lado su condición de existencia. Toda construcción utópica fantástica necesita un “chivo expiatorio” para poder constituirse. Toda fantasía utópica produce un reverso y proclama la eliminación para alcanzar ese estado ideal. A la estigmatización le sigue el exterminio y esto no accidental sino que está dentro de las construcciones utópicas.

Cabe destacar que la decisión de quién será estigmatizado depende de la disponibilidad, de los grupos que puedan satisfacer ese rol en la fantasía social y esto va a ser construido socialmente a partir de materiales existentes. Pueden ser los homosexuales o los provenientes de países limítrofes, los pobres o los afiliados a un determinado partido político los que causen el caos social y alejen a la sociedad toda de vivir en armonía.

Stavrakakis concluye que la condición de posibilidad de la utopía es la negatividad irreductible de la experiencia humana. A su vez promete eliminar para siempre esta negatividad y el resultado de esto es la producción de un archienemigo que debe ser eliminado a cualquier costo.

En términos psicoanalíticos, “la fantasía sólo puede existir como la negación de la dislocación real, como una negación de la falta generalizada, del antagonismo que atraviesa el campo de lo social. La fantasía niega lo real prometiendo ‘realizarlo’...” (*Ibid.*: 157). Por esto es que la otra cara de las utopías es la proliferación de la

negatividad. Son promesas de positividad, de armonía acabada que descansan en la exclusión de un real que siempre retorna.

En contraposición a los discursos nostálgicos de las utopías, Stavrakakis refiere que atravesar la fantasía del pensamiento utópico es una de las tareas políticas más importantes, por eso es que sostiene que la crisis actual de la utopía debe ser motivo de celebración.

Por su parte, el autor se pregunta si es posible tener una política de la esperanza, una política del cambio, sin utopía. A lo que responde que la democratización es un proyecto político de esperanza pero el discurso democrático no debería estar basado en la visión de una sociedad utópica armoniosa. En este sentido, sostiene que “lo que diferencia a la democracia de otras formas políticas de sociedad es la legitimación del conflicto y la negativa a eliminarlo mediante el establecimiento de un orden armonioso autoritario” (*Ibid.*: 161).

La teoría política lacaniana es una vía a esta pregunta pero es necesario, en este sentido, que resista a las reocupaciones de la política fantasmática tradicional. La democracia se postula como una salida a la política tradicional. Implica la aceptación del antagonismo, entonces el reconocimiento de que lo social está siempre estructurado en torno a una imposibilidad real que no se puede suturar.

“En lugar de internar esta sutura imposible de lo social implícita en todo discurso utópico o cuasi utópico, la democracia imagina un campo social que está unificado por el reconocimiento de su propia imposibilidad constitutiva” (*Ibid.*: 172). Es así como un proyecto político completo, el proyecto de la democracia radical, está basado en el reconocimiento de su propia imposibilidad y no en la falta en el Otro.

Por tanto, el fin de las políticas utópicas no debe ser fuente de nostalgia por una armonía perdida sino, por el contrario, una evolución hacia la democracia moderna y es a través de la ética lacaniana que se puede obtener un fundamento no fantasmático para la democracia radical. Hoy la democracia es el nombre para lo que no podemos tener, pero que no cesamos de desear.

BIBLIOGRAFÍA

STAVRAKAKIS, Y. (2007). *Lacan y lo político*. Buenos Aires: Prometeo Libros.